



José María Pemán

«MIS ALMUERZOS CON GENTE IMPORTANTE»

Millán Astray

ESTABA empezando la guerra civil. Tuve que ir a Salamanca, donde se había instalado una cierta función de capitalidad. Inesperadamente llegó a mí un aviso telefónico: el general Millán Astray me esperaba a almorzar en su oficina. En el primer momento yo no sabía qué oficina era esa. Luego me explicaron que a Millán Astray le había dado Franco una especie de misión de propaganda, entregándole una radio bastante elemental que ya había servido en años anteriores como emisora local.

Me encontré, esperándome, al general en unión de Agustín de Foxá, que tenía también cierta adscripción a los servicios de propaganda. A Foxá le conocía ya mucho, pues había asistido por afición a casi todos los ensayos del "Divino impaciente" en Madrid, y, además, yo había saludado su primer libro de poemas con grandes esperanzas, que no fueron luego defraudadas. Su primer libro se había llamado "La niña del caracol", y eran unos poemas mediterráneos tan serenos de volumen que el que un caracol se subiera por las faldas de una muchacha dormida se había constituido en un suficiente episodio estético.

"¡A mí la Legión!"

Al general Millán Astray le había conocido antes de la guerra, cuando un día me llamó por teléfono:

—Millán Astray al habla. ¿Eres Pemán?

—Parece que sí.
—Pemán, te llamo para darte un ruego, sino un orden. Has de escribir unas letras para Celia Gámez, para una "revista" que piensa montar.

Yo, naturalmente, le dije que procuraría hacerlo, y por la tarde visité a Celia en su camarín del teatro Alcázar para "torear" como mejor pudiera el encargo; cosa que logré, porque Celia es muy inteligente y comprendía la vehemencia y despiste de Millán. Este había tomado a cargo de su prestigio romántico una cierta tutoría sobre la famosa "vedette". Tiempo después Millán Astray fue padrino de la boda de Celia.

La casaba éste con un dentista, creo. Como la boda fue en la iglesia de San Jerónimo el Real y yo vivo enfrente, asistí a ella. Había tal cantidad de gentío que no se podía dar un paso por la iglesia. El mismo cura, salido de la sacristía y náufrago en el tumulto, no podía llegar a los contrayentes. Por lo pronto el párroco suspendió la misa de velaciones y sólo trataba ya de poder oír las contestaciones de los novios y confirmar el sacramento aunque fuera enviando desde lejos una tele-bendición.

Entonces Millán Astray, el padrino, sopló por un silbato de campaña y se hizo oír por encima del tumulto: "¡A mí la Legión!" Y bajo su orden los cuatro legionarios de su escolta formaron un pequeño cuadrilátero inexpugnable, en cuyo centro despejado lograron introducir al cura y al novio. Celia no aparecía. Al fin fue vista braceando sobre el gentío huracanado. Entró—explicó Celia—y se había escondido en las escaleras del púlpito para cambiarse de medias, pues a una de ellas se le había soltado la carrerilla. En seguida, después de la exposición, afirmó con su más seráfica formalidad que quería a su novio por marido.

"Oye, Pemán, ¿qué pasa por Sevilla?"

Vuelvo a Salamanca y al hilo de mi relato. Almorzamos en las propias oficinas de la propaganda. Mientras se sentaban a la mesa, Millán y Foxá seguían, por inercia laboral, discutiendo sobre una proclama que Foxá acababa de redactar y entregar, en borrador, a su jefe. Millán Astray la aprobaba con entusiasmo. Sólo le hacía una leve advertencia:

—Aquí habla usted del Ejército; me gustaría que pusiera usted, querido Foxá, un bonito adjetivo. Las palabras sin adjetivos me parecen viejas solteras.

—No hay ningún problema, mi general. Le añadiremos a la palabra "Ejército" la palabra "invicto". No es ningún exceso. Como se ha pasado la vida peleando medio Ejército contra otro medio, nuestro Ejército ha vencido siempre.

Millán Astray pasaba fácilmente del tono ordenancista a la risa franca y sonora. Admitió el "invicto" y cambió de conversación, dirigiéndose a mí:

—Oye, Pemán, ¿qué pasa por Sevilla?... Por cierto, estaba deseando encontrarte para hacerte una pregunta.

—Usted dirá, mi general.
—¿Es cierto que el general Queipo de Llano me imita y sigue mi escuela en eso de besar a todas las mujeres?

—Algo de eso. Como Queipo de Llano va rescatando al frente de sus tropas muchos pueblos del Sur, las mujeres salen a su encuentro y él las besa.

Millán reflexionó y concluyó su pensamiento:

—Poco importa después de todo. Todavía anda lejos de mi hoja de servicios en esa materia, que yo tengo besadas doce monjas y tres de ellas abadesas claustradas.

La guerra civil

Hablamos luego de la guerra: ya se le veía profundidad y largura. Había que superar la idea de "golpe de Estado" o "pronunciamento". Estábamos ya en guerra civil. Foxá recordaba:

—Casi todas las naciones europeas y americanas se han construido con las guerras civiles. Francia es el producto de la guerra de los Albigenes, la Fronda y la Liga. Inglaterra, de la guerra de las rosas. Italia, de la guerra de Garibaldi y Mazzini contra los Saboya. América del Norte es el producto de la guerra de Secesión: Norte contra Sur.

Intervine:
—Siempre he creído que la Constitución inglesa, modelo de eficacia política, más vivida que escrita, nace de haber encajado institucionalmente las piezas vivas de una guerra civil. Inglaterra vive todavía de un armisticio logrado entre Cromwell y el Parlamento. La "separación de poderes", exaltada hoy día como una genialidad política, no es más que la conversión en institución de una situación de hecho, a la que luego Montesquieu dio prestigio doctrinal; pero que en el fondo no tiene mayor carga filosófica que la separación física de dos personas que se están zurrando. Algo así como la sentencia del sereno de "La verbena de la Paloma": "Ustedes, para aquí; ustedes, por allá." Inglaterra vive de un armisticio.

Luego hubo un silencio mien-

tras apurábamos el almuerzo de plato único; silencio que rompió Millán Astray con una pregunta inesperada:

—Pemán, usted que le conoce de cerca, ¿es verdad que yo me parezco a Gabriel d'Annunzio?

—No he visto nunca a D'Annunzio, pero no dudo que su calva de bóveda renacentista y su ojo tuerto le aproxima bastante a usted, mi general, a la figura física del poeta.

Esto no es cumplido: era verdad. Después he meditado sobre ese tema al ver las fotos del líder israelí Moshé Dayan: con su ojo tapado con un cristal negro. Es posible que la guerra y la política exijan no ver más que la mitad de las cosas y de la vida.

Sin duda, sobre ese figurín físico se montó la idea de mandar a Millán Astray para la celebración de un Día de España que se celebró en Roma. Se repartieron oradores españoles por las 12 ó 15 ciudades italianas designadas para la celebración de los actos literarios de exaltación hispánica. Millán Astray y yo discursamos en el teatro Adriano, de Roma. La figura de Millán, tuerto y manco, le daban hecho la mitad de su discurso. Todo el público creía que el ojo y el brazo los había perdido la víspera en la batalla de Brunete o en la toma de Bilbao.

Con el conde Ciano

Luego nos convidó a almorzar el conde Ciano. Me pareció hombre listo y lleno de apariencias sobre un fondo bastante vacío. Lo que más recuerdo de ese almuerzo es el delirante italiano que Millán Astray se había fabricado para su uso personal. Ciano nos contó sus doctrinas del Duce, como un hércules de la laboriosidad infatigable.

Nuestra guerra, tan española en sus raíces, tomaba demasiadas cosas de las espectaculares a ilusos totalitarios vecinos... D'Annunzio influyó en la teatralidad de Millán, y Ciano, en la ilusión de Serrano Suñer. Desaparecidos los modelos italianos, los años que le quedaron de vida al general creador del Tercio fueron más profundos, y Serrano Suñer fue y sigue siendo un gran abogado, inteligente y humano. Ellos, como muchas cosas españolas, empiezan a ser mucho más interesantes desde que dejamos de ser traducciones.

aquí y AHORA

Camboya: nacionalismo y monarquía

El probable establecimiento de una República en Camboya a raíz del pronunciamiento derechista no dejará de asombrar a algún lector español y de interesarle si es capaz de comprender que el espacio no constituye la mayor distancia entre las situaciones políticas. Incluso habrá quienes tropezarán con dificultades notorias para compaginar su defensa incondicional de la institución monárquica a través de todas las latitudes y los elogios a los "golpes de fuerza", sean o no posibles, siempre que revistan pátidas tonalidades. El tema es interesante y conviene por ello plantearlo desde su raíz: las relaciones entre la monarquía tradicional—calificativo que no puede negarse a la heredera de Angkor—y los movimientos nacionalistas—porque de nacionalista se preciaba el Príncipe depuesto y nacionales se llaman quienes le han sustituido.

En efecto, en Asia y África poscolonial la República ha sustituido por doquier al sistema monárquico en función de la incompatibilidad de éste con las reivindicaciones nacionalistas, y como excepciones confirmatorias del principio enunciado, la monarquía ha conseguido mantenerse allí donde la legitimidad tradicional supo identificar con la legitimidad nacionalista. Los pretextos para cancelar las viejas instituciones han sido varios, y todos ellos suficientes a los hombres que desde la cárcel o el exilio llegaban al Poder con el programa de construir una nación sobre los escombros del antiguo régimen destruido por el trauma colonial: contubernio con las autoridades metropolitanas—v.gr., Túnez—, amenaza a la unidad nacional "in fieri"—v.gr., India y Uganda—, asociación con el arcaísmo político y social—Cercano Oriente árabe, Ruanda, Burundi, Birmania, etc.—. Pero más allá de los frentes concretos en los que el programa nacionalista choca con las instituciones tradicionales y las personas que las encarnan, puede señalarse, como raíz de todo ello, un conflicto de legitimidades, una querrela entre senilidad y modernidad.

Nacionalismo significa en el círculo de los nuevos Estados—y pronto demostraremos que también en otras partes—la modernización de la propia comunidad aceptada en su entidad histórica y entendiendo que moderno es sinónimo de dinámico, igualitario, democrático, científico, económicamente desarrollado y políticamente independiente. El camino para ello consiste en racionalizar el Poder en forma de Estado sobre la base de una nación... voluntad de vivir juntos, porque hay razones para ello. Ahora bien, a la legitimidad tradicional se opone así una legitimidad de fundamento democrático, protagonizada por quienes lucha y persecución primero, triunfo después, han investido de un carisma nuevo. Mientras las fuerzas arcaizantes se alían con el Trono y el Poder colonial no le escatima su apoyo, cuanto de nacional hay en el país tiende a militar en el bando antimonárquico.

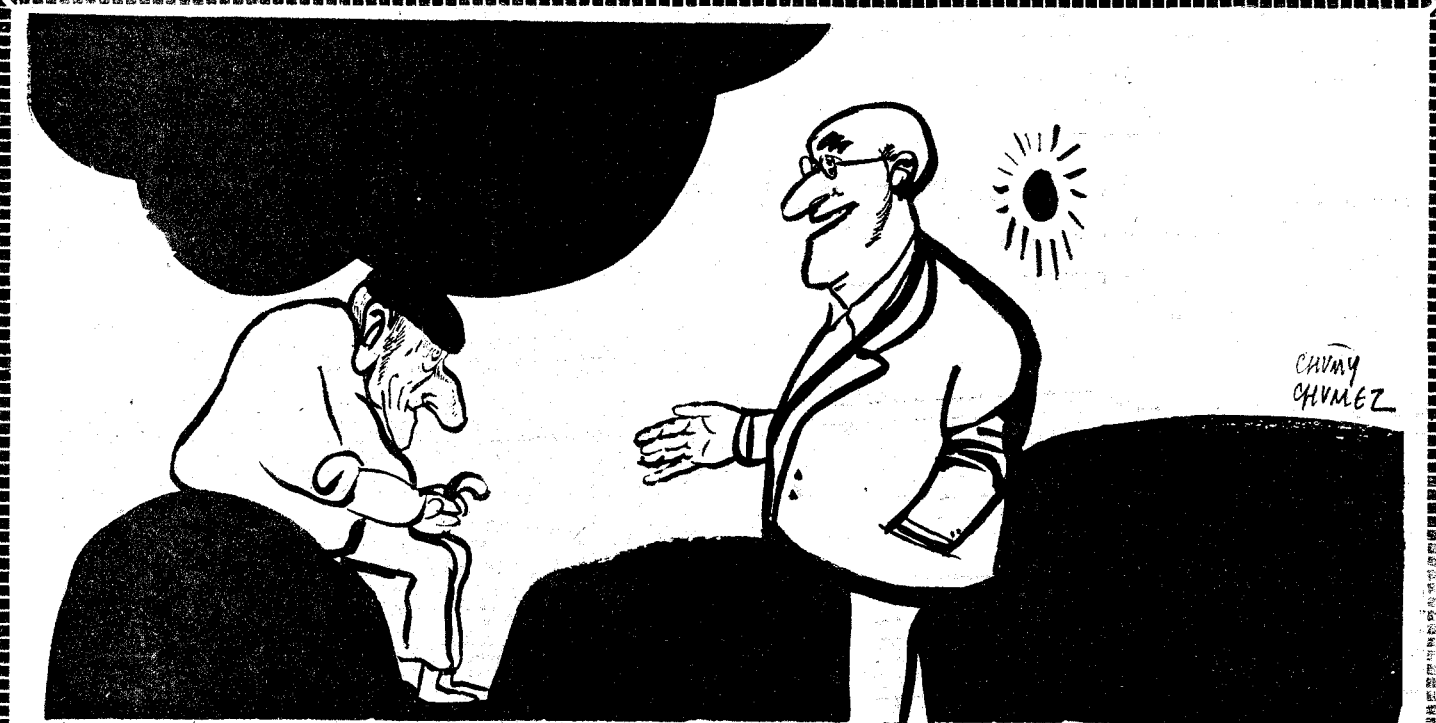
Sin embargo, no faltan casos en los que, a través de una "Cruzada real por la independencia", el titular de la legitimidad tradicional haya asumido el liderazgo de la empresa nacionalista. En estos casos, al saberse comprendido, el nacionalismo es capaz no sólo de pactar, sino de sentirse simbolizado en las viejas instituciones, y como ejemplo extremo puede citarse al Vietnam, cuyo radicalismo no tuvo empacho en designar consejero supremo del caudillo Ho al desgraciado ex Emperador Bao.

Junto con Marruecos—transitoriamente bajo Mohamed V—y Etiopía, Camboya ha sido el paradigma de esta síntesis. Un Rey ilustrado—Norodom Sihanuk—, deseoso de modernizar el país dotándole de instituciones democráticas de estirpe occidental, "sin por ello dejar de ser ante todo khemer", supo conducirlo con mano maestra del absolutismo a la democracia constitucional, del protectorado francés a la plena soberanía, del arcaísmo hacia fórmulas nacionales de socialismo y mantenerlo como ejemplo de lo que hubiera podido ser—sin el señor Dulles—una Indochina neutralizada. Por todo ello, Norodom unió a la herencia dinástica el caudillaje nacionalista. Abdicada la Corona, obtuvo democráticamente la Jefatura del Estado, y su misma derrota a manos del casticismo que usurpa el nombre de nacional avala el carácter de su liderazgo. Monarquía y República han demostrado una vez más su instrumentalidad.

Sin duda, el conflicto, como sus factores—nacionalismo y monarquía—, no es exclusivo del mundo poscolonial. Los Habsburgos desaparecieron del Rin y del Danubio por su especial habilidad para enemistarse con todas las reivindicaciones nacionalistas—salvo tal vez algunos sectores del imperalismo magyar—, mientras que los Saboyas, adoptando la bandera de la unidad y la libertad, protagonizaron el nacionalismo italiano hasta sucumbir en alianza nada gloriosa con el fascismo, pese a las apariencias oponente radical de aquél. En España, un trágico malentendido enfrentó al incipiente nacionalismo, siempre liberal e ilustrado y por ello tildado de antinacional por la reacción castiza, con el absolutismo primero, con la arbitrariedad después, hasta culminar en el famoso "delenda est Monarchia".

Hoy resulta impredecible el futuro del Trono khemer, porque el pequeño Estado camboyano es ya juguete de poderosas fuerzas exteriores; pero sea cual sea su suerte, la figura del Príncipe Norodom Sihanuk pasará a la Historia como exponente de graves valores políticos: lucidez para distinguir bajo los nombres al verdadero amigo y enemigo; coraje para encauzar las fuerzas que marchan con la Historia; fatalidad para caer a su frente como es propio de los guerreros en vanguardia.

"Juan Ruiz"



—¡Ande, abuelo, no sea pesimista, que todavía puede usted sobremorir diez años más!